

Dámaso y Góngora *

La publicación de las obras completas de Dámaso Alonso ha constituido en este tiempo un acontecimiento editorial de primera importancia.

De todo el mundo es sabida además la gran relevancia de los estudios gongorinos de Dámaso Alonso, que han venido a perfilar muy claramente la personalidad literaria de este autor redescubierto por la generación del 27. Dámaso Alonso, como perteneciente a este grupo literario, nos ha legado una obra crítica de primera magnitud acerca del genial poeta cordobés.

El volumen V de estas obras completas recogía un primer tomo dedicado al tema de Góngora y el gongorismo. Eran quizá los estudios más conocidos de Dámaso Alonso sobre este tema, y quizá también los fundamentales, desde un punto de vista estilístico. Quizá, la más brillante aplicación de la estilística tradicional española.

Este segundo tomo, volumen VI de dichas obras completas, se refiere a los aspectos menos divulgados de los estudios de este importante crítico y poeta sobre el autor cordobés. Se trata de artículos ya publicados, en revistas especializadas, pero hoy prácticamente inasequibles en su mayoría para el lector moderno. De aquí la oportunidad de esta edición.

Con respecto a la crítica estilística, en este tomo en concreto unida a una gran documentación erudita, de Dámaso Alonso, habría que decir que su relectura se saluda hoy como muy oportuna. Ahora que la semiótica, con su invasión lógica y banal, nos produce tanto frío en sus clasificaciones hieráticas y aburridas, el contacto con la cálida obra de este gran maestro que es Dámaso Alonso nos aporta la sensación de una visión enamorada, llena de cálida vitalidad. Y que nadie ose llamar impresionista, con gesto despectivo a este monumento de erudición y humanidad unidas.

Insisto en esta idea. Porque Dámaso Alonso, a lo largo de toda su obra y de toda su vida, ha dedicado muchas páginas y muchos años de admirada atención a este genial poeta que es Góngora. Y aún me atrevería a decir que, pese a que el listón está muy alto, la obra de Góngora es aún venero inagotable que espera la devoción necesaria de los críticos.

Analiza Dámaso Alonso aquí el epistolario de Góngora, que patentiza la desazón del autor acerca de su falta de dinero, y documentos de primera importancia respecto a su familia y actividades.

En este libro se perfila bien claramente aquellos rasgos de detalle de Góngora, sólo accesibles quizá a un análisis erudito y apasionado a la vez, que nos entregan el retrato de su fisonomía espiritual.

Se nos entrega así la imagen de un Góngora sin vocación eclesiástica, que entra en esta carrera sacerdotal por motivos familiares y económicos. Y se nos descubren los pormenores de su vida económica entre 1607 y 1617, indagándose en cómo este problema se convierte en angustioso hasta su muerte en la miseria.

* DÁMASO ALONSO: *Obras completas*. Volumen VI. *Góngora y el gongorismo-II*. Gredos. Madrid, 1982.

Insisto en que aquí hay una indagación positivista, pero acompañada de un sentimiento muy humano de comprensión hacia el personaje, y redactado todo con una magnífica prosa que une cientifismo y humanidad, y en un texto siempre ameno.

Hay una queja importante de Dámaso Alonso hacia el abandono actual de los filólogos de la investigación en archivos. Cree Alonso que lo importante, el núcleo de la investigación literaria es:

«(...) el conocimiento de la obra misma, el descubrimiento de la ley interna que produce esa unicidad, esa maravilla única: la obra literaria o, en general, la obra de arte. Todo lo demás son auxiliares: el estudio de fuentes, la bibliografía, la biografía, el estudio de las producciones literarias fracasadas, de la obra de los autores de tercera fila.» (Pág. 35.)

Pero Alonso señala cómo entre todos los medios auxiliares destaca la investigación de archivos, que se está perdiendo. En ellos, dice, se reconstruye «la delicada trama del pasado».

En realidad todo este libro parece construido a través de una minuciosa investigación de archivos, pero entreverada siempre por la personalidad poética y científica a la vez de este gran crítico, de quien todavía tenemos tanto que aprender...

Hay una referencia, importante quizá frente a la moda derivada de Américo Castro de encontrar judíos por doquiera, de que las informaciones de limpieza en los siglos XVI y XVII son en realidad un método inútil, fomentador de soplonería y maledicencia, puro comadreo.

En el caso de la familia de Góngora, se estudian detenidamente estas informaciones por el crítico.

Estudia también Dámaso Alonso lo que denomina «los pecadillos de Don Luis de Góngora», y se cifra a los amores quizá escritos «en cifra», por ejemplo en los romances burlescos de juventud. Estudia con detenimiento concreto y erudición el ambiente de amores carnales en que se desenvuelve Góngora y descubre las posibles claves cifradas de dichos romances. Es ésta una indagación meticulosa de interés cierto. A este respecto se señala la importancia de las referencias de Angulo y Pulgar, respecto a la vida de Góngora, pues bebió en fuentes cordobesas.

Después de un estudio de las posibles referencias autobiográficas de dichos romances se refiere Alonso a los autos de la visita del obispo Pacheco en 1588, en los que Góngora tuvo que responder a graves acusaciones que los muestran bastante lejano de la vida meditativa debida a su estado clerical. Estas respuestas han permanecido hasta ahora increíblemente inéditas. Lo importante de estos textos es que en ellos opinan los propios compañeros de Góngora, y nos permiten recoger fuentes de primera mano acerca de la personalidad y hábitos del genial cordobés.

Muchos de los aspectos que toca aquí Dámaso Alonso ya nos eran conocidos, respecto a su situación económica, falta de vocación sacerdotal, etc. Pero son desgranados minuciosamente a través de documentos fidedignos, muchos de ellos inéditos. Con todos ellos Dámaso Alonso compone una bella imagen personal: y nos representamos a Góngora paseando en animada discusión, ajeno al rezo del coro, en el bello patio de la catedral de Córdoba, o asistiendo con otros compañeros a las famosas corridas de toros de aquella época, o vistiendo llamativamente trajes un poco

destartalados además para su condición, o faltando a la residencia por las noches. Parece, por tanto, participar, con toda su humanidad, en el ambiente de relajación del espíritu religioso general entre canónigos y racioneros de aquella catedral.

Pero además un chismoso le acusa sobre el problema de honestidad y dice:

«... el racionero don Luis de Góngora está notado de vivir muy como mozo y de andar de noche y de día en cosas livianas y ser amigo de tratar con los que llaman truhanes y representantes y darse a hacer coplas fuera de lo que conviene a su hábito.»

En todo caso, según concluye Alonso, los amores de don Luis si existieron debieron ser muy secretos. Aunque cabe establecer una relación entre los mencionados romances y las afirmaciones de Angulo.

Frente al volumen V, de análisis estilístico más teórico y general —admirable también en otro sentido— este volumen VI está más lleno, por tanto, de documentación concreta, y refleja una labor minuciosa y dilatada en el estudio y el amor hacia la obra de don Luis de Góngora.

Otros muchos aspectos se estudian aquí: la muerte violenta de un sobrino tarambana de Góngora; documentos acerca de su relación económica con el marqués de Ayamonte; su éxito personal: la boda de su sobrina preferida, Leonor; el epistolario de don Luis y las cartas al abad de Rute; la polémica con Lope de Vega («G. no llamó “idiota” a Lope»), su italianismo, etc.

Se trata de un volumen grueso que conjuga amenidad y erudición, cientifismo y calor humano. Que incluye valiosos documentos inéditos acerca de la vida de Góngora y su perfil humano, y estudia el problema de edición de sus obras. Y, finalmente, incluye el texto de las *Soledades* en verso, con la versión en prosa del propio Dámaso, de todos conocida, recientemente reeditada por Alianza Editorial también.

Pero hay más. Y con ello acabo. Dámaso Alonso, desde su atalaya de investigador con experiencia, plantea una terrible acusación que es preciso reseñar aquí, hacia quien corresponda:

«¡Cómo están editados nuestros clásicos! Cotejo ahora con los manuscritos las cartas de Góngora impresas, y me quedo mohíno. Los copistas modernos se han saltado largos párrafos, muchas veces páginas enteras del texto, y así se ha publicado en las ediciones. No ha ocurrido eso en una carta o dos, sino en más de una veintena). Y (si el cero vale más que una cantidad negativa) casi resulta mejor lo que se ha saltado, que lo que han transcrito. ¡Nuestros pobres clásicos! No es lo peor que estén editados así, sino que no se les lee. Porque, si se hubieran leído las cartas de Góngora, ¿cómo podrían haber pasado sin protesta, durante casi medio siglo, los disparates que en todas las ediciones contiene ese epistolario? ¡Qué más da!: todo es barullo. Y así va todo.» (Pág. 193.)

En exculpación de muchos hay que decir que Dámaso Alonso escribía estas líneas terribles en 1961...—DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN. (*Monte Esquinza*, 3. MADRID-4).